

Eclesiásticos y políticos

ALBERTO MICHEO

En días recientes varios Señores Obispos han celebrado las fechas aniversarias de su consagración episcopal. Cada uno de ellos ha manifestado su sentir con ocasión del acontecimiento. Monseñor Crispulo Benítez Fontúrvel, Arzobispo de la Archidiócesis de Barquisimeto y Presidente de la Conferencia Episcopal, publicó una carta pastoral a los fieles de su diócesis. En ella expresa su agradecimiento a Dios y a todas las personas e instituciones que le han ayudado en el cumplimiento de su misión. De una manera especial puntualiza aquellos sectores de

actividad que han sido objeto de su mayor preocupación: vocaciones religiosas, educación de la fe, escuela, apostolado se-
glar...

Lógicamente no podía pasar por alto su preocupación por ese sector donde se manifiesta con más claridad la crisis del mundo moderno y las dificultades de las instituciones responsables para enfrentarla: la situación social del mundo y de la patria venezolana. En tono de paternal dolor, lejos de acusaciones amargas, describe en breves trazos:

1. Situación de Venezuela

“La situación actual de nuestro pueblo es de una coacción increíble: sus valores culturales son ahogados en una oleada que nos llega a través de los diferentes medios de comunicación de masas, intereses económicos, sistemas educativos, que lejos de solucionar los problemas fundamentales de marginación en que se encuentra la mayoría de nuestra gente, los agravan.

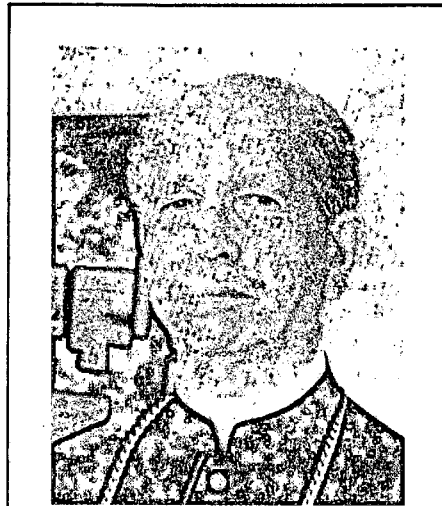
Todos los venezolanos de buena voluntad se angustian al no encontrar soluciones satisfactorias a los graves problemas de desempleo, desnutrición, miseria, paternidad irresponsable, deshonestidad pública, desigualdad creciente que hace víctimas a gran porción de nuestro pueblo, y un apreciable número de ellos —en búsqueda afanosa de soluciones— se dejan llevar muchas veces por quienes predicán la violencia como único camino para la restauración del orden social, abriendo cauces a una situación de dominación y pérdida total de libertad.

2. Situación de la Diócesis

Durante veinticinco años hemos compartido vuestra propia vida oyendo hablar de Barquisimeto como de una encrucijada de caminos insistiéndose en su privilegiada posición geográfica y en su tendencia al comercio y servicios como actividades económicas, mientras que la industria no crece al ritmo deseado.

Pero hay otros aspectos que no podemos soslayar, cuales son el deterioro y casi desaparición de los pequeños talleres artesanos, la injusta desigualdad en la distribución de los ingresos donde una muy alta proporción de nuestros grupos familiares tiene que sacrificarse para poder satisfacer necesidades primarias y esenciales para el normal desenvolvimiento de personas y grupos, y el desempleo que en cualquiera de sus formas es el látigo de la nueva esclavitud. Barquisimeto, así como todo el Estado Lara, tiene un alto índice de esta desproporcionada e injusta situación social.

Pero si enfocamos nuestra atención



Mons. Crispulo Benítez:
Objetividad y mesura...
Pero su Pastoral molestó
a algunos políticos.

sobre el sector rural de nuestra Diócesis, la situación se agudiza: allí los problemas de vivienda, salud, educación y capacidad de encontrar soluciones, son todavía más alarmantes y las estructuras que rigen más inflexibles y dominantes.

Todo lo dicho aquí tiene el signo de nuestra buena voluntad para contribuir a la solución de los serios problemas que sucintamente apuntamos. No hacemos culpable a nadie, sino que levantamos nuestra voz para llamar a todos a un examen sincero de conciencia a fin de encontrar en ella la respuesta a las interrogantes sociales:...

3. Fundamento teológico

Sinceramente creo que es un momento oportuno para decir estas cosas cuando hay una invitación que denuncia una conciencia colectiva de escrutar el

verdadero sentido del ser cristiano. Existe una tendencia generalizada de esperar que las soluciones vengan de otra parte, sin aportar cada uno lo propio para llegar a una sociedad más justa y humana, donde Cristo sea realmente el gran liberador de todas las miserias, donde prive el elemento insustituible de esta idea: Dios hizo su alianza con el pueblo para fortalecer y vivificar la promesa de su eterna vigencia; nosotros debemos autenticar y realizar esta misma alianza sintiéndonos siempre colectividad y hermandad en ese pueblo que Dios ha escogido para su encarnación y para constituir definitivamente Su Reino. Su nacimiento y muerte nos iguala a todos los hombres, nos habla de la fraternidad y alianza que debe existir entre nosotros. Este es el auténtico cristianismo que de la reunión de diversas comunidades forma la unidad de la gran comunidad que es la Iglesia de Cristo Dios. La solidaridad nos lleva a sentirnos “todos uno” como el pueblo escogido que camina hacia Dios en íntima unión de esperanza y de fe.

4. Esfuerzo específico de la Diócesis.

En nuestra Diócesis hemos escuchado los llamados de las Encíclicas y Exhortaciones sociales, hemos estimulado cualquier paso firme para organizar al pueblo en una forma efectiva, liberadora y próspera; por eso hacemos referencia singular al Cooperativismo que se ha fortalecido en nuestra zona mediante la invaluable cooperación del Centro Gumilla, de los queridos Padres Jesuitas.

En Lara la Iglesia ha sido fermento y siembra de una cosecha de muchas personas y voluntades que quieren realizar una vocación de servicio en compromiso con el pueblo y el marginado mediante las Cooperativas. No queremos apropiarnos ningún título que pueda de alguna manera sugerir que la Iglesia quiere ser como la autora o propietaria del movimiento cooperativista, sólo queremos hacer sentir que también nosotros —iluminados por la voz del Papa y con la ayuda del Espíritu Santo— cooperamos al bienestar espiritual y material de los hombres”.

Ninguna persona sensata podrá poner en tela de juicio ni la objetividad ni la mesura de tono de estas afirmaciones de Monseñor Benítez. Sin embargo, hemos sido testigos de que han sido recibidas con actitudes molestas por algunos personajes políticos. Tampoco se trata de un caso aislado. Algo parecido sucedió, no hace mucho tiempo, con otra pastoral de Mons. Maradey Obispo de Barcelona. ¿Qué explicación puede tener esa exacerbada sensibilidad de los políticos con respecto a las declaraciones y a las actuaciones de los eclesiásticos? Hace unos años las reticencias eran en el campo educacional y dudamos que se hayan superado. Hoy se centran en las afirmaciones y actuaciones en el campo de la realidad social.

BREVE REFERENCIA HISTORICA

Nacimos a la independencia en un momento de celo, ya presente al final de la colonia, de las autoridades civiles con respecto a la influencia de la Iglesia ante el pueblo. Era una influencia cierta, no basada en investiduras civiles, sino ganada a pulso en su inmensa labor de evangelización, que constituyó la base de la formación del pueblo venezolano. Era lógico que éste creyera primero a quienes le dieron a luz como pueblo y que las autoridades civiles poco pudieran hacer sin pasar por su mediación.

Lo que no era lógico ni podía dar a la larga frutos positivos era que esta influencia se volviera estructural, y prácticamente quedara en manos de los eclesiásticos el "control social" de la sociedad. Esta negatividad apareció en Europa en forma de un freno, por parte de la Iglesia, de todo un movimiento hacia el progreso humano. La restauración del "viejo régimen" era propiciada por la Iglesia como única esperanza de supervivencia. El anticlericalismo de la Ilustración tenía sus bases objetivas.

De ahí que el resentimiento de los oficiales de la colonia en contra de la Iglesia venezolana se convirtiera en tesis de identidad para los nuevos mandatarios alimentados intelectualmente por la filosofía de la Ilustración. La batalla por debilitar la posición de la Iglesia institucional fue una de las más encarnizadas en todo nuestro convulsionado siglo XIX. La expresión "batalla" nada tiene de eufemismo. Hubo destierros de Obis-



pos, de sacerdotes, de religiosos y religiosas, cierre de seminarios, estrangulamiento económico, etc. No fue tanto una batalla en contra de la religión, cuanto en contra de la institución eclesiástica. Aunque es natural que la religión del pueblo quedara seriamente afectada. Ya casi a fines de siglo, Guzmán Blanco colocó a la Iglesia en el nivel más bajo de su historia al pedir al Congreso la instauración de una Iglesia nacional, al margen de la directiva vaticana.

La balanza comenzó a equilibrarse gracias a la actuación acertada de la Iglesia del siglo XX. La vuelta progresiva de las órdenes religiosas y la orientación de los obispos a un extraordinario esfuerzo de la Iglesia en el campo de la educación dió pronto muestras de acierto. En el parlamento mismo —coto por muchos años cerrado a todo lo que pudiera fortalecer a la Iglesia— aparecen voces autorizadas en su defensa. Era el fruto del esfuerzo educacional de la Iglesia.

A partir de los años cuarenta, la Iglesia comienza a respirar un ambiente de reconocimiento oficial y hasta de posibilidad de cierta autonomía de acción. La valiente actuación de su máxima autoridad, Mons. Arias, en un momento difícil de dictadura, aumenta su prestigio ante los políticos; la firma del "Modus Vivendi" entre el Estado y el Vaticano en 1964 oficializa su posición en el país político; y la subida al poder del partido social-cristiano significó la estabilización de su reconocimiento legal. Nunca ha estado la Iglesia institucional a más altura desde la Venezuela independiente. Al parecer, el viejo resentimiento del Estado venezolano ha llegado a esfumarse. Pero esto tiene su precio y su límite.

Los prolongados años de persecución volvieron a la Iglesia muy cautelosa para evitar todo conflicto posible con las autoridades civiles. La necesidad de supervivencia significó un frenar, tal vez inconsciente, del ejercicio de su misión profética en la sociedad civil. Por otro lado, tampoco el Estado la necesitaba ya para legitimar sus actos ante el pueblo. Delimitado así su campo de acción, la Iglesia no resultaba ser ningún obstáculo a la estructura política, cualquiera que ella fuera. En esas condiciones el eclesiástico tenía su puesto de reconocimiento oficial en los acontecimientos nacionales y el político en las solemnidades eclesiásticas.

Sin embargo, esta división de campos sólo se puede mantener al más alto nivel jurídico-institucional; es imposible mantenerlo a nivel de la actuación político-eclesiástica diaria. El político invade el ámbito de la Iglesia al querer condicionar la actuación de ella a favorecer sus intereses políticos. Por otro lado protesta cuando el eclesiástico ejercita su irrenunciable misión profética ante las injusticias de la sociedad civil. Se manifiesta claramente en el hecho de que afirmaciones comunes, propaladas como evidentes en todos los órganos de expresión pública, son resentidas si salen de la boca o de la pluma de un



El cura y la monja están siendo ya figuras connaturales en medio de la realidad popular



—¿Por qué no se limitarán a hablar del infierno, como antes, que todos estábamos tan tranquilos?

eclesiástico. La pastoral que comentamos de Mons. Benítez es un ejemplo más de esta realidad.

LOS PEQUEÑOS ADECOS

No se trata de una lucha oficial en contra de la institución eclesiástica, sino que se presenta en ese nivel donde se mueven los grandes políticos en "brega partidista" y de una manera especial todo ese sector que queda identificado con la expresión popular de "pequeños adecos". A través de ellos se canaliza el pensamiento de los grandes. Todos los partidos políticos tienen su sector de "pequeños adecos". Por eso el título no se refiere exclusivamente al partido que el pueblo usa para identificarlos.

Innumerables manifestaciones quedan ocultas en nuestra realidad de "hipertrofia política". No se trata de un sano politicismo en favor de la redención popular, sino en un empeño por convencer que sólo el partido es el llamado a realizar exitosamente el desarrollo del pueblo o de arrogarse para sí todas las realizaciones existentes. Por eso los proyectos populares de la Iglesia realizados con autonomía política —por más que respondan a las necesidades vivenciales del pueblo— no solamente son avaladas con recursos nacionales, sino que son resentidos y hasta torpedeados. Es una política estrecha y miope. Es estrecha porque supone, falsamente, que el patrimonio nacional solo puede ser sembrado a través de canales políticos. Es miope porque restringe todavía más un recurso ya en sí escaso: el aporte humano y las iniciativas de instituciones no políticas. La auténtica política consiste en promover iniciativas, no en ahogarlas; en consolidar proyectos, no en debilitarlos; en premiar realizaciones, no en ensombrecerlas.

Es una realidad evidente la escasez de recursos humanos capaces de encarnarse en medio de la miseria de los sectores más populares. Nos atrevemos a decir que ninguna institución tiene la potencialidad humana para ello como la Iglesia. El cura y la monja están siendo ya figuras conaturales en medio de la realidad popular. Las obras que sostienen —escuelas, dispensarios, talleres, etc.—, mantenidas muchas de ellas con métodos de mendicidad o del pan quitado de su propia boca, son los únicos servicios estables con que el pueblo cuenta. Sin embargo, cuando un político asoma en su visita electoral, todos son requeridos a acudir a su recepción. En caso de avenimiento, el político informará de su gran eficiencia contabilizando como realización propia y de su partido los frutos del esfuerzo ajeno. Y lo que es más lamentable, en caso de ausencia en la recepción, informará de los "opositores a los grandes esfuerzos oficiales" o de que la

labor de los religiosos es deficiente y en condiciones poco dignas del pueblo soberano.

No son afirmaciones sin fundamento. Conocemos en el interior, en lugar de difícil comunicación geográfica, una flamante escuela y medicatura rural cerradas la mayor parte del tiempo, porque los funcionarios asignados viven en la ciudad a cinco horas de distancia. Un grupo de religiosas atiende a los niños, cura a los enfermos en un rancho construido por ellos mismos. Han educado a los campesinos, peones de grandes ganaderos, a organizar una cooperativa de producción agrícola para trabajar una finca de la reforma agraria. Los ganaderos declararon guerra al proyecto cooperativo campesino. Querían para ellos la tierra y el ganado. Ante la imposibilidad de razones objetivas, introdujeron el ingrediente político partidista. Entraron a la lucha "pequeños adecos" de varios partidos. Entre tanto el ganado desatendido se moría. Los campesinos lo trabajaron, mientras venía la decisión legal, con anuencia del técnico del IAN. La decisión oficial duró varios años. ¿Resultado? El ganado fue para los ganaderos. Los campesinos asesorados por los religiosos se quedaron sin nada, con la tierra limpia, acusados además de fallas directivas y administrativas.

Tampoco hace falta ir al interior para ser testigos de actitudes similares. La distancia geográfica entre Miraflores y cualquier barrio de Caracas es insignificante; pero la distancia psicológica es de dimensiones estelares. Entre ambos se mueven los "pequeños adecos" haciendo su política de ahogar proyectos religiosos que se mantienen al margen de su control, acusándolos de ser obstáculo a los gobiernos y erigiéndose desde su "palco de sombra" en jueces implacables de quienes están lidiando solos en el barro en que vive nuestro pueblo.

LA SAVIA DE LA IGLESIA

La Iglesia seguirá su misión popular por encima de toda política humana. Cristo es la savia que alimenta su existencia y el único criterio de su actuación vital. Y como dice Monseñor Crispulo Benítez en su pastoral, "Dios hizo su alianza con el pueblo para fortalecer y vivificar la promesa de su eterna vigencia". Desde El la incompreensión, la persecución y la cruz son parte vital de la existencia cristiana.

Sin embargo, desde el punto de vista de un gran proyecto nacional de plenitud para todos sus integrantes, los políticos deben convencerse de que les beneficia una Iglesia y unos eclesiásticos críticos que, desde su autonomía política, les haga conscientes de sus equivocaciones en la conducción de la sociedad por senderos de igualdad y justicia. Pueden estar seguros que la posible tentación de la Iglesia de ser un "poder político competitivo" ya no tiene fundamentos ni teológicos ni prácticos.

La Iglesia seguirá
su misión popular
por encima
de toda
política humana

